

chos, pero sí en San Pablo, que en la primera Epístola a los Corintios habla de ellas como de algo ya existente).

4º La Iglesia tuvo que vencer desde el principio la **tentación de dedicarse a lo social** con detrimento de lo espiritual. Resolvió ese primer conflicto creando a los diáconos. Esta institución se perpetuó por las obras de caridad de todo tipo, confiadas por lo general a almas consagradas.

«No es justo que abandonemos la predicación de la palabra de Dios para dedicarnos a las mesas. Por eso, ordenaremos diáconos, elegidos por vosotros, que gocen entre vosotros de buena reputación, para que se encarguen de este ministerio; mientras que nosotros nos dedicaremos a lo nuestro, esto es, a la oración y a la predicación de la palabra». ¡Si tuvieran un poco en cuenta esta verdad nuestros obispos actuales, totalmente entregados a lo social hasta el punto de reducir la Iglesia a una organización filantrópica o caritativa!

5º Por ese tiempo Dios convirtió a San Pablo y lo eligió para ser el Apóstol de las Gentes. En el modo de proceder de San Pablo hay cosas interesantísimas, que podemos aplicar a nuestra situación actual, en la cual **Dios nos hace revivir a veces algunos modos de vida de los primeros cristianos**. Para darnos cuenta de ello, veamos sólo dos rasgos.

- Los fieles, venidos de la gentilidad (pues los judíos acabaron rechazando la predicación del Apóstol), no tenían ya sinagogas, sino que se reunían en **casas o locales particulares**, en las que San Pablo predicaba la fe, celebraba la Misa y administraba los sacramentos.

Los primeros grupos fueron poco numerosos, formados por la gente a la que Dios otorgó la gracia de escuchar con atención y creer en la predicación de San Pablo. Formaban así una especie de priorato. Es más, San Pablo convirtió la ciudad de Efeso en priorato o centro apostólico, desde el que abrió numerosos «centros de Misa», evangelizando así toda el Asia menor.

- La feligresía que componía estos prioratos tenía **las mismas dificultades y defectos que podemos observar entre nosotros**.

Basta ver la primera Epístola a los Corintios para darnos cuenta de la problemática de una incipiente Iglesia paulina: • falta de caridad entre los fieles, divididos en bandos; • escándalo del cristiano incestuoso; • pecados de impureza, no combatidos como se debe; • falta de la debida preparación y reverencia a la santa Misa; • pretensión de las mujeres de equipararse a sus maridos, y rechazo del velo durante la santa Misa; • dudas sobre la resurrección de los muertos; • discusión sobre el valor del matrimonio y de la virginidad; • problema moral de las carnes inmoladas a los ídolos...

No queremos con ello disculpar nuestras faltas, sino tan sólo señalar que el estado de estas primeras Iglesias no era tan idílico como se piensa; y que lo que la gracia de Dios logró en ellas, puede lograrlo hoy en nosotros. Pero todo esto lo comentaremos un poco más, Dios mediante, en una próxima Hojita de Fe.

Expansión de la Iglesia a la muerte de Nuestro Señor Jesucristo

Mucho le gustaba a Monseñor Lefebvre comentar el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, especialmente por una razón: y es que en ese libro veía reflejada a la Iglesia Católica en sus notas esenciales. Podríamos preguntarnos, en efecto, por qué el Espíritu Santo no nos reveló más cosas sobre la Iglesia fundada por Cristo, ya que en Ella culmina toda la obra redentora. La respuesta es que *todo lo que atañe a la esencia misma de la Iglesia, todo lo que Ella ha de ser constante y perpetuamente, está consignado en el libro de los Hechos*. Y eso nos basta. Comentemos, pues, brevemente los principales rasgos que este libro asigna a la Iglesia, viendo cómo todos ellos se aplican también a nuestros tiempos.

1º Orígenes de la Iglesia.

Nuestro Señor había mandado a los Apóstoles que no se retiraran de Jerusalén hasta que hubiesen recibido el Espíritu Santo; y ellos, dóciles a esta orden, se encerraron en el Cenáculo, en un retiro espiritual, para prepararse a tan gran Don. En este retiro se meditó seguramente toda la vida de Cristo, como se colige del episodio de la elección de Matías: el que había de remplazar a Judas debía ser, como el resto de los Apóstoles, un testigo ocular de toda la vida de Cristo; o sea, que esa vida fue repasada.

Notemos, de paso, el valor que los Apóstoles conceden a todo lo hecho por Cristo, por mínimo que parezca: puesto que Cristo eligió a doce Apóstoles, doce debían ser los del Colegio apostólico, y por eso era menester elegir al reemplazante de Judas. Si en una cosa tan incidental los Apóstoles fueron tan exigentes, ¿cómo podremos pensar que no guardaron fielmente cosas más importantes, como las palabras de la Consagración de la Misa, por ejemplo?

A los diez días, Nuestro Señor les envió desde el cielo el prometido Don, el Espíritu Santo. Varias cosas deben aquí tenerse en cuenta:

1º En primer lugar, que **estaba presente la Santísima Virgen**, y los Apóstoles reunidos alrededor de Ella. Se renovaba, pues, la escena de la Anunciación: el Espíritu Santo volvía a bajar sobre la Santísima Virgen, aunque no ya para producir en Ella al Verbo encarnado, a la Cabeza, sino para engendrar de Ella y con Ella a la Iglesia, su Cuerpo místico.

Primer rasgo, pues, de la Iglesia católica: **ser esencialmente mariana**, como el mismo Cristo, que es por naturaleza el Hijo de María. La Iglesia, como Nuestro Señor Jesucristo mismo, es «concebida por obra del Espíritu Santo y nace de María Virgen».

2º En segundo lugar, que se realizaba entonces **la promulgación de la Iglesia católica**, el mismo día y de modo parecido a como en el Antiguo Testamento se había promulgado la antigua Ley.

En efecto, la Ley había sido promulgada el día de Pentecostés, a los cincuenta días de la Pascua y de la salida de Egipto; había sido en un monte; había sido bajando Dios en forma de truenos y de fuego. Del mismo modo, en el día de Pentecostés, el Espíritu Santo volvía a bajar sobre otro monte, el monte Sión, en forma de lenguas de fuego, para establecer, no ya una alianza grabada sobre piedra, sino una alianza grabada, por la gracia, en los corazones. **La Iglesia pasa a ser así el único pueblo de Dios**, en sustitución del pueblo judío y realizando el universalismo ya anunciado por los profetas.

3º En tercer lugar, que ese mismo día los Apóstoles comenzaron su misión de santificación de las almas.

- Ante todo, por **la predicación**. Hablaban todos, llenos del Espíritu Santo, pero San Pedro fue quien, tomando la palabra, instruyó a los presentes: clara señal de su primacía, y de su magisterio auténtico e infalible.

¿Y de qué habló? ¿De libertad religiosa, de ecumenismo, de que tenían con los judíos el mismo Dios, de que los judíos eran sus hermanos mayores? No exactamente. Les predicó a Nuestro Señor Jesucristo, y les dijo que le habían dado muerte inicua-mente, que sólo en Él está la salvación, que debían arrepentirse y recibir el bautismo en su nombre, y que sólo así conseguirían la vida eterna. Esa es la genuina caridad, el verdadero amor al prójimo.

- Esta predicación llevó sus frutos: San Pedro y los demás Apóstoles pasaron a su segunda misión, que es **la administración de los sacramentos**: tres mil judíos se bautizaron y se incorporaron a la Iglesia.

- Y después, tercera parte de su misión, los Apóstoles empezaron a **gobernar esa comunidad numerosa**, mediante la jurisdicción recibida del mismo Cristo: el episodio de Ananías y Zafira muestra a las claras la potestad que el Espíritu Santo confiere a la jerarquía de la Iglesia.

Este es, pues, el tercer rasgo que vemos en la Iglesia recién nacida: goza ya de un triple poder y de una triple misión: el de Magisterio (misión de enseñar), el de Culto (misión de santificar), y el de Jurisdicción (misión de regir).

2º Vida de los primeros cristianos.

En la vida que llevaban los primeros cristianos se retrata al vivo lo que debe ser la Iglesia en el transcurso de los siglos. Se nos dice que todos los cristianos «vivían con un solo corazón y una sola alma, poniendo todas sus cosas en común, y perseverando unánimes en la oración, en la fracción del pan y en la doctrina de los Apóstoles». En eso hay que notar cuatro cosas:

1º La primera, los **preludios de la vida consagrada a Dios**. En efecto, el poner en común todas las cosas, viviendo sin poseer nada propio y recibiendo de los superiores los medios de subsistencia, fue debido a la abundancia primera de la caridad, y a que esa caridad, llevada a su grado heroico, debía convertirse en un motivo de credibilidad de la Iglesia.

Pero no era posible, ni quería Dios, que este modo de vida se extendiera a todos los hombres. No era posible, pues apenas creció la comunidad cristiana, salieron a relucir los inconvenientes de este sistema, practicado a gran escala (vgr. quejas de algunos cristianos, que motivaron la institución de los diáconos); lo cual no significa que fuese malo, sino que, en lo sucesivo, debía quedar reservado a una élite, a un grupo selecto de almas, los religiosos, que siguen guardando ese modo de vida en la Iglesia. No lo quería Dios, como claramente consta de las directivas que dan los Apóstoles al respecto.

2º La segunda, **cómo la Iglesia se funda en la doctrina de los Apóstoles**. No sólo los primeros cristianos, sino todas las generaciones de católicos, deben perseverar en esa doctrina para poder estar dentro de la Iglesia. Quien se separa de la doctrina de los Apóstoles sale de la Iglesia católica.

3º La tercera, **cómo estos mismos cristianos perseveraban unánimes en la fracción del pan**, esto es, en la celebración de la Santa Misa, que era el corazón de su vida cristiana. Ya desde los comienzos, la Santa Misa y la fidelidad a ella aparece como el distintivo de la Iglesia católica y de los verdaderos cristianos.

3º Expansión de la Iglesia.

A continuación, el libro de los Hechos nos muestra la expansión de la Iglesia por el orbe: primero en el mundo judío, luego en el mundo gentil.

1º La Iglesia católica, desde el primer momento, es **esencialmente misionera**, y no dialogadora. Los Apóstoles envían desde Jerusalén misioneros para evangelizar a la gente en Judea y en Samaria. El diácono Felipe anuncia el Evangelio al ministro de la reina de Etiopía. San Pedro es conducido por Dios ante el centurión Cornelio. Y ya desde el primer momento, Dios se vale de la persecución para propagar la fe más lejos. La primera persecución, levantada a raíz del martirio de san Esteban, obligó a los fieles a dispersarse y, con ello, a difundir la fe donde quiera que fuesen.

2º Por consiguiente, **la persecución acompañó siempre a la Iglesia**. A la primera persecución siguió una segunda, la levantada por el rey Herodes, en la que murió el Apóstol Santiago y San Pedro fue encerrado en la prisión para ser ejecutado, pero un ángel lo liberó; tras lo cual San Pedro se fue «a otro lugar», esto es, a Roma, donde asentó su sede. Allí, el mismo San Pedro perecería en una tercera persecución, la de Nerón. Este rasgo, el de ser siempre perseguida, ya no abandonará a la Iglesia.

3º Se crearon entonces las **grandes instituciones de la Iglesia**: los diáconos, los sacerdotes, los obispos (lo cual nos muestra ya una Iglesia jerárquica desde el tiempo mismo de los Apóstoles), las santas vírgenes (no aparecen en los He-